

CARPANI LECTURAS MORALES

s2
!
nc

LL
1889
CAR

2x A 8
119



00078931



127 262

LECTURAS MORALES

262
DE LA INFANCIA

POR

M.^{ME} PAPE-CARPANTIER

Inspectora de las salas de asilo y Directora del curso práctico

CHARLES DELON

Licenciado en ciencias

Y

M.^{ME} FANNY CH. DELON

6640



PARÍS

LIBRERÍA DE HACHETTE Y C.^{IA}

79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

1889

132X182
Biblioteca Nacional de Maestros

PEQUEÑAS
LECTURAS MORALES

I

HISTORIA DE UN CORDERO.

Había una vez una hermosa oveja blanca, que pastaba en un prado seguida de su corderito.

El corderito saltaba, brincaba al rededor de



su madre, sin separarse de ella; cuando de repente tuvo el antojo de escaparse hacia un lado donde había visto una grande arboleda.

Cuando la oveja lo echó de menos, y vió que se alejaba, se puso á gritar : *bée, bée*, para hacerle venir.

Pero el corderito, aun cuando oía á su madre, no quiso volver, y al contrario, se fué mucho más lejos.

Mas he aquí que de repente un ladrón sale del bosque, se apodera del cordero y se lo lleva.

Y la pobre oveja seguía llamándole : *bée, bée*; pero el desdichado corderito no podía ya oírla!

¡Pobre corderito! Si hubiera sido inteligente, no se habría separado de su madre, ó al menos hubiera vuelto á ella cuando le llamaba, y así el ladrón no se lo habría llevado, quién sabe dónde!

II

LA CONFITERA.

— ¡Oh! qué linda confitera! decía Gastón á su hermana Lucía.

— ¡Ah! sí, repuso ésta. Es la caja de confites de abuelita. La ha dejado olvidada sobre la mesa.

— ¿Quieres ver lo que hay dentro?

— Sí, sí, veamos, dijo la niña.

— ¡Son confites! unos confites pequeños, muy redondos..... ¿Quieres que los probemos?

— ¡Oh! no. Abuela nos reñiría.....

— Nada más que uno.....

Gastón cogió uno en efecto, y se lo llevó á la boca.... pero lo encontró bien amargo.

— ¡Puah! No son muy buenos los confites de nuestra abuelita! exclamó.

Si supierais, hijos míos el chasco que se había llevado Gastón!

Lo que había tomado por confites..... eran unas píldoras!

III

POR DONDE EMPIEZA UN AVARO.

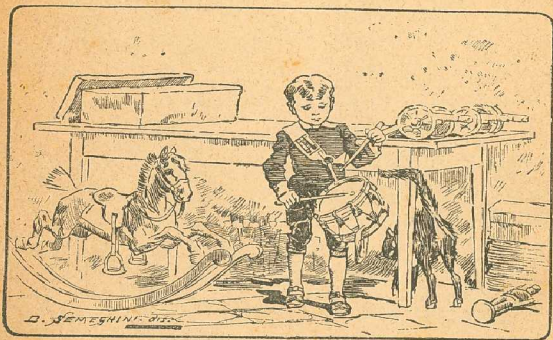
— De buena gana jugaríamos al volante, decían varios niños reunidos, si Pablo quisiera prestarnos sus raquetas.

— ¡Oh! de seguro que no querrá! Ayer mismo se ha negado á prestarnos su peonza.

— No quiere prestar nada, dijo Gustavo.

El jueves me enseñaba un lindo caballito mecánico que le han dado de aguinaldo : yo le supliqué me dejase montar en él solamente un minuto, y en vez de consentir, se fué á guardar de seguida su caballo.

— Dice que le usan sus juguetes, añadió



León. ¿Para qué le sirven pues? — ¿Se divierte uno acaso cuando juega solo? ¡Oh! yo no puedo sufrir las gentes de ese carácter.

— Ni yo tampoco, respondieron en coro los niños.

Yo soy de vuestra opinión, amiguitos míos. Yo no amo á los niños que lo guardan todo

para ellos. Si esos niños tienen la desgracia de crecer sin corregirse de ese detestable defecto, ¿Sabéis lo que serán después toda su vida?... Serán *avaros!*

IV

EL NIÑO IMPRUDENTE.

Había una vez una niña que se llamaba María y un niño nombrado Enrique.

Ambos vivían en una linda casa de campo. Cerca de la casa corría un arroyo bastante crecido, y para pasar este arroyo, había una tabla de una orilla á otra á guisa de puente. La mamá de estos niños les había dicho : Jugar cuánto queráis en el jardín y el patio, pero no os acerquéis al puente ni á la orilla del arroyo, pues podríais caer en él.

Un día, á pesar de esta advertencia, Enrique quiso ir á jugar al arroyo. No vayas, Enrique, le dijo su hermana, mamá nos lo ha prohibido.

Pero Enrique no quiso escucharla, y corrió á ensayar el paso del frágil puente. Subió so-

bre la tabla, y lleno de satisfacción se puso á gritar :

— Ven á ver, María, ven á ver cómo da gusto estar aquí... Se ve uno en el agua como en un espejo.

Y diciendo así, al inclinarse para ver mejor se cayó de cabeza en el arroyo.

Su hermana María se puso á gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro. Por fortuna, un hombre que pasaba por aquel sitio corrió al arroyo y sacó del agua al niño imprudente que llevó completamente mojado á su madre.

Así, sin la casualidad de haberse hallado allí aquel hombre, el pobre Enrique se hubiera ahogado. ;Qué pesar tan grande para su hermana María y para su madre!

Cuando vuestra madre ó vuestro maestro os prohíben una cosa, queridos niños míos, es necesario pensar que es para evitaros algún daño, y de consiguiente debéis guardaros bien de hacer lo que os han prohibido.



El niño imprudente.

V

CÓMO ACABÓ LA BATALLA.

- ¡Este caballo es mío! decía Pablo.
- ¡No! que es mío! gritaba Augusto.
- ¿Lo dejarás al fin?
- Tú eres quien debe dejarlo.

Y ambos á dos, los cabellos en desorden, el rostro encendido de cólera, retenían el caballo de cartón, el uno por los pies, el otro por la cabeza.

Y cada uno tiraba por su lado con todas sus fuerzas.

De improviso... ¡Crac! el animal de cartón se rompe, y los dos pequeños contendientes caen bruscamente de espaldas. — El golpe fué rudo!

El hecho es que se hicieron mucho mal, y que el caballo, roto en pedazos, no fué para el uno ni para el otro.

VI

EL PEDANTUELO.

Marcelo es un buen muchacho, pero habla mucho. Además es demasiado presuntuoso.

Desde que ha sabido leer y que empieza á comprender alguna cosa, es necesario que lo haga ver á todo el mundo, y con frecuencia interrumpe la conversación de su madre diciendo : Éso es!... Yo sé éso.

Y sin embargo, amiguitos míos, ese chicuelo no sabe más que vosotros, que no sois muy instruidos. Guardaos pues de imitarle, si no queréis caer en ridículo.

VII

EL PASTOR EMBUSTERO.

Había una vez un pastorcillo, llamado Miguel, que guardaba un hato de carneros en

una pradería; cerca de un monte espeso donde había lobos.

Miguel no era malo ni perezoso, y cuidaba con cariño sus ovejas y sus corderos.

Pero tenía un gran defecto : mentía por el placer de mentir, y con el pretexto de divertirse. A cada paso inventaba toda clase de mentiras y cuentos, y cuando lograba engañar á los demás, reía á carcajadas y se divertía á su costa.

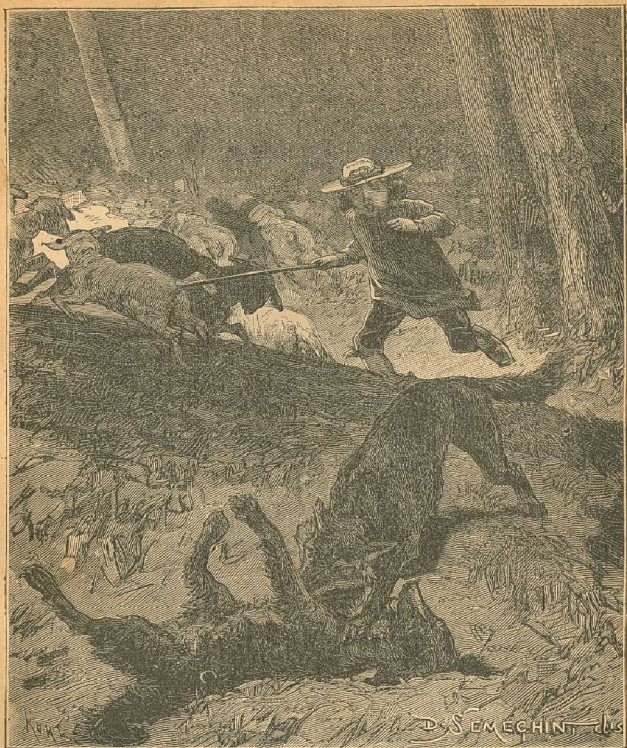
Un día que se fastidiaba de estar solo, le pasó la idea de hacer una farsa, y sin venir al caso se puso á gritar : ¡Al lobo!... al lobo! Los demás pastores, que no estaban muy lejos, corrieron á toda prisa con sus perros, para venir á su socorro.

Pero no había lobo alguno, y el embustero se puso á reir á carcajadas y á burlarse de sus compañeros por la prisa con que habían venido á su ható.

Reía y saltaba de gozo diciéndoles : ¡Eh! amigos míos!... Corred... corred... yo soy el lobo.

Y se gozaba de haberlos así chasqueado, y de verlos retirarse dando muestras de cólera.

¡Sabéis, mis queridos niños, que es muy malo engañar, y muy peligroso el hacer que los demás os retiren su confianza?



El lobo mató al perro, y se llevó la oveja al interior del monte.

El pastor halló bien pronto la prueba. Un día un lobo salió realmente del monte, y se arrojó sobre una de las mejores ovejas del ható.

Miguel corrió intrépidamente con su perro para defender la oveja : el perro mordía al lobo, y el pastor le daba de palos para hacerle dejar su presa.

Y al mismo tiempo gritaba : ¡Al lobo!, al lobo!, repitiendo este grito con voz lamentable.

Los otros pastores lo oyeron; pero se encogieron de hombros diciendo :

— Es Miguel, que quiere burlarse otra vez de nosotros. No hay tal lobo : dejémosle gritar.

Y permanecieron guardando tranquilamente su ganado.

De suerte que nadie vino en socorro del embustero, y que el lobo mató al perro, y se llevó la oveja al interior del monte.

El pastor tuvo una pena terrible, y desde entonces ya no mintió jamás, porque se convenció de que « nadie cree á un embustero aun cuando diga la verdad. »

VIII

EL ASEO.

Yo conozco un gracioso niño muy estudioso, al que quiero mucho. Y sin embargo, el pobre niño tiene un defecto tan repugnante que me impide besarle : es muy desaseado.



Tiene siempre las manos sucias; el vestido, por más que le cambien, lleno de manchas; desgarras sus cuadernos y sus libros; su cara, cuello y orejas son nidos de porquería, y va siempre despeinado. Todo ésto le afea en extremo.

Creo sin embargo que se corregirá, pues ha llegado á notar que su desaseo aflige á su madre.

IX

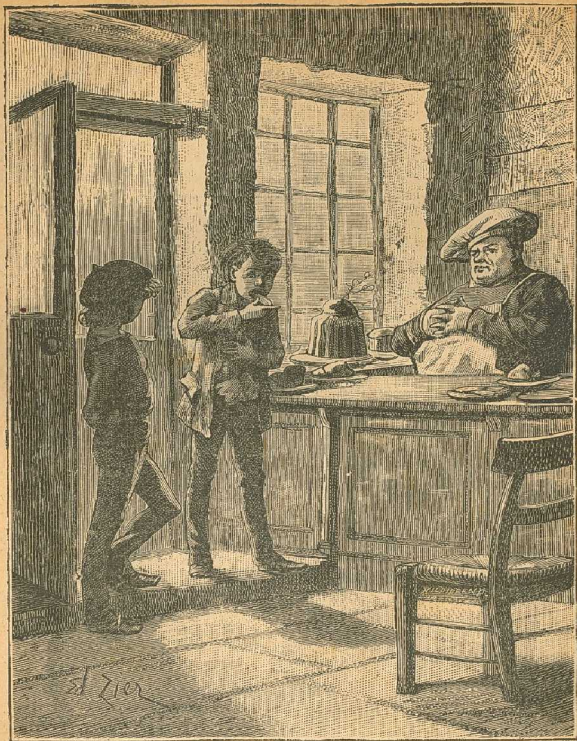
HISTORIA DE UN NIÑO GOLOSO.

¿Cuál de vosotros no tiene afición á los bizcochos y á los confites? Ninguno, ¿no es verdad?; todos apetecéis los dulces, y todos tenéis razón, hijos míos, porque son muy buenos.

Yo tenía un sobrinito á quien le gustaban mucho. Estoy segura de que vais á pensar desde luego que le gustaban demasiado.

Su madre le había dado un bonito bolsillo para guardar los cuartos que le daba de vez en cuando; pero ese bolsillo estaba siempre vacío. — Santiago gastaba cuanto tenía en la tienda del confitero ó del pastelero. Y con todo eso, no tenía nunca bastante.

Siempre temía el verse obligado á repartir sus golosinas con sus amiguitos : así tenía buen cuidado de devorarlas á hurtadillas; lo que era bien feo de su parte.



Santiago gastaba cuanto tenía en la tienda del confitero
ó del pastelero.

Un día que iba de paseo con algunos de sus camaradas, encontró uno de esos niños, músicos ambulantes, que tocan el violín por las calles, como los habréis visto sin duda muchas veces. El pobre niño iba llorando amargamente, porque tenía hambre, y porque no habiendo recogido nada que llevar á su amo, temía que le pegase.

— Si queréis, dijo uno de los amigos de Santiago, vamos á darle cada uno un cuarto, y así no llorará más. Inmediatamente cada niño sacó su pequeña moneda, excepto Santiago que, como de costumbre, nada tenía.

¡Cómo entonces tuvo vergüenza de su golosina!, porque tenía buen corazón, y le dió mucha pena el no poder ayudar con nada al pobrecito músico ambulante.

A partir de ese día, resolvió seguir los consejos de su mamá, que le había dicho muchas veces : « Compra dulces de vez en cuando, pero guarda siempre algún dinero para socorrer á los que carecen de todo. »



Julianito está colérico.

X

LA CÓLERA.

¿Qué alboroto es ese que se oye en el cuarto? — Es Julianito que esta colérico. Ha roto todos sus juguetes, volcado una silla; y llora, grita, pateo, y cierra los puños con rabia. Sus ojos están enrojecidos, encendido su rostro, desmenados los cabellos, y su linda fisonomía se ha convertido en una mueca horrible.

Su madre vino al punto, y cogiéndole blandamente por la mano, le llevó delante de un espejo. Julián se vió en él, y se encontró tan feo, que no pudo soportar su imagen. Tuvo vergüenza, y volviendo al punto la espalda, fué á ocultarse en un rincón para que nadie le viese.

Esperemos que el arrepentimiento le corregirá, y que no se encolerizará jamás de nuevo.

XI

LA VIEJA ÚRSULA.

Había una vez una pobrecita vieja enferma que apenas podía marchar y andaba con mucho trabajo.

Era pobre, muy pobre; y cuando hacía frío no tenía leña para calentarse.

Entonces cogía su bastón, y se iba al bosque á recoger las ramas muertas caídas de los árboles.

Esto la fatigaba mucho; pero se consideraba aún dichosa cuando la permitían coger esa ramiza.

Un día, Pablito y su hermana Enriqueta corrían por el bosque cogiendo las florecillas del campo, cuando vieron á la pobre vieja que hacía penosos esfuerzos para cargar su hacecillo de leña á la espalda.

Estos dos niños eran muy buenos. Así es que se detuvieron al punto, y acercándose á la pobre anciana la digeron : — « No os fatiguéis,

tía Ursula, dejadnos cargar con vuestro hacecillo; somos bastante fuertes para llevarlo : vais á ver. »

Y cogiendo el haz de leña, lo llevaron hasta la choza de Ursula, que les seguía muy contenta de esta inesperada ayuda; y más que



todo de haber conocido el buen corazón de estos dos inocentes niños.

— ¡Dios os bendiga, queriditos míos!, les dijo enternecida la pobre vieja : que su santa protección no se aparte de vosotros... de vosotros que sabéis respetar á los ancianos y ayudarles en su pena.

XII

EL TRABAJO Y LA DIVERSIÓN.

— ¡Oh! qué me fastidia trabajar! decía Luis continuamente en la escuela. Si todos los días fueran jueves, qué gusto! Jugaría uno en vez de entrar en clase, y sería mucho más divertido.

No era la primera vez que Luis decía esto en voz alta, y al fin el maestro que le oyó un día le dijo: — « Nadie se divierte bien sino después de haber bien trabajado. » Pero Luis no quiso creer á su maestro, y se decía encojiéndose de hombros: Sí, sí, me dicen éso para hacerme trabajar.

— Veo que no queréis creerme, le dijo una mañana el maestro; pues bien, hijo mío, vais á hacer la prueba vos mismo. Hoy no entraréis en clase y podréis divertirnos todo el día.

Luis saltó de gozo al oír estas palabras.

En ésto llegó la hora de la entrada de los niños en la escuela. Luis se puso á contarles

la buena fortuna que había conseguido, y se puso á jugar con ellos hasta que sonó la hora de clase y que todos desaparecieron.

Él se quedó solo en el patio.

¿Qué hacer entonces? Siguió saltando y co-



riendo por algunos instantes, pero al fin se cansó de este ejercicio. En seguida se puso á jugar al tejo, mas á poco rato halló que jugar solo no era muy divertido. Entonces trazó un tres en raya en tierra, cogió un chinarro, y hétele saltando á la coscojita durante algún tiempo; pero también se fastidió al cabo de este juego.

En fin tomó un carbón y se puso á dibujar en la pared. Dibujó una sala, y en esta sala una mesa muy larga, y al rededor de la mesa una cáfila de muchachos.

En definitiva, lo que había dibujado era la sala de la clase.



Entonces reflexionó que aquel dibujo cuyos detalles le habían agradado más que los otros juegos, era en realidad un trabajo, y se convenció por este hecho de que el trabajo distrae é interesa mucho más que el juego.

¡Cuánto hubiera dado por poder ahora entrar en la clase y trabajar! — Pero no se atrevió á

hacerlo, y fué á sentarse tristemente en un banco para aguardar la salida de sus condiscípulos, decidiéndose á entrar con ellos par la tarde.

Después de la clase, los niños volvieron al patio. Todos habían trabajado bien, y así salían contentos, riendo y saltando, y bien dispuestos á aprovechar su hora de recreo.

Luis hubiera querido jugar con ellos, pero como se había fastidiado toda la mañana, estaba gruñón y de mal humor.

— Todos los juegos son desagradables, decía, me fastidia jugar.

— ¡Oh! no! al contrario, decían los otros chicos, los juegos son muy agradables!... nosotros nos divertimos mucho.

Por la tarde Luís pidió permiso al maestro para entrar en clase, y halló más gusto en el estudio y el trabajo que en la libertad que le habían concedido aquella mañana.

El juego reposa del trabajo, pero el trabajo es lo que da mayor atractivo al juego.

XIII

ANDRÉS Y SU PERRO.

Un día, un niño muy juicioso, llamado Andrés, se paseaba con sus padres. En su camino encontraron una turba de muchachos groseros que llevaban arrastrando á un pobre perrito para ahogarle en el río.

Le habían atado una cuerda al cuello, y los inhumanos pilletes tiraban brutalmente de él, le pegaban y le arrojaban piedras.

¿No es verdad, amiguitos míos, que es necesario ser bien brutal para atormentar así á los animales? Estoy seguro de que os hubierais indignado como le sucedió á Andrés.

Este pidió con instancia á sus padres que comprasen el perro; sus buenos padres consintieron, y el niño lleno de gozo, se apoderó al punto del pobrecito animal.

Pasado el tiempo, el perrillo fué creciendo, y llegó á ser grande y fuerte sin dejar de ser cariñoso, pues frecuentemente jugaba con su

pequeño amo, y brincaba al verle, siguiéndole por todas partes.

Un día estaba Andrés en el campo, á orillas de un grande estanque donde crecían muchas plantas acuáticas é innumerables florecitas blancas que parecían margaritas. Quiso ver más de cerca esas flores que él no conocía, pero la tierra era resbaladiza, y el pobre niño cayó en un sitio muy profundo.

Por fortuna su perro estaba allí : el noble animal se arrojó al agua, asió al niño por la chaqueta, sin hacerle el menor daño, y le sacó triunfante á la orilla.

Un beneficio no está jamás perdido, sobre todo si nos procura un verdadero amigo.

XIV

QUIEN NO SIEMBRA NO COSECHA.

El chicuelo de un labrador, que empezaba ya á estar crecido, pidió un día á su padre que le llevara con él cuando fuera á trabajar al campo.



Andrés fué sacado del agua por su perro.

El padre consintió en ello, y poco tiempo después le cojió una mañanita por la mano y le llevó á la pieza de tierra que labraba.

Luego que hubieron llegado, el niño vió que su padre cogía puñados de trigo de un saco que llevaba á la cintura, y que les esparcía por una tierra que estaba recién arada.

— Padre, ¿qué hacéis? exclamó el niño. ¿Así perdéis nuestro trigo que madre no permite ni aun que le toquemos, porque dice que cuesta mucho trabajo tenerlo? ¡Ah! si madre llegara á saber que lo echáis por tierra!... Pero yo no le diré nada.

— Todo debe decirse á su madre, hijo mío, respondió el labrador sonriéndose. Y seguía sembrando, y el niño estaba cada vez más admirado.

Vino el invierno, y el chicuelo no volvió más al campo. Algunos meses después volvió de nuevo, y vió que la tierra estaba cubierta de una hermosa capa de hierba verde, en el mismo sitio donde su padre había echado el trigo. Ésto le admiró de nuevo.

Algún tiempo después, vino otra vez con sus padres al campo : era la época de la cosecha, y la tierra estaba cubierta de trigo espigado.

— ¿Ves, hijo mío? le dijo su madre. Noso-

tros hemos sembrado el trigo, como has visto



hacer á tu padre; el grano ha germinado en la tierra, después ha crecido como la hierba,



y ahora que sus tallos han dado esas hermosas espigas, vamos á hacer la cosecha.



El niño comprendió entonces lo que había hecho su padre al arrojar el grano en la tierra

labrada; se arrepintió de sus necias observaciones, y comprendió por último que es necesario sembrar para cosechar.

XV

EL NIÑO PERDIDO EN EL BOSQUE.

Había una vez un niño de pocos años que vivía con su padre, su madre y sus hermanos mayores, lejos de la ciudad.

Este niño no era malo ni travieso, pero llegó un día en que cometió yo no sé que falta. Su madre le riñó, su padre le miró severamente, y sus hermanos se alejaron de él.

La inocente criatura creyó que le abandonaba toda su familia y se echó á llorar amargamente.

— Puesto que nadie me quiere ya, se decía, yo me iré de aquí; me iré á otra casa donde me querrán y no me reñirán. Y redoblaba su llanto.

Cuando su padre volvió á su trabajo, y su madre á sus quehaceres, observó si sus her-

manos no podían verle, y se escapó á todo correr de su casa.

No sabiendo á donde ir, tomó al acaso el primer camino que vió, y que conducía á una grande arboleda.

— Yo me esconderé ahora bajo esos árboles, se decía, y no me faltará que comer con la buena fruta que debe haber en sus ramas.

Pero cuando llegó á la arboleda, vió que no había fruta en aquellos grandes árboles. Entonces tomó un estrecho sendero que penetraba en el bosque, metiéndose en la espesura, de miedo de que le estuvieran buscando ya sus hermanos. Y como comprendía que era culpable y temía con razón ser castigado, ningún sitio le parecía bastante seguro, y marchaba, marchaba siempre á la ventura, sin pensar en que se iba acercando la noche.

Así, cuando llegó á percibirlo, tuvo miedo. Miró por todos lados á ver si descubría alguna casa, y en vano extendió su vista en todas direcciones.

En aquel extenso bosque no había habitación alguna.

No se veía más que árboles, árboles sin fin... una negra espesura que parecía cerrarse cada vez más.

La noche había llegado, y el niño se puso á temblar de miedo y de frío.

Entonces pensó en su padre y en su madre; en sus hermanos que le buscaban tal vez, y se decidió á volver á su casa; pero como no conocía el camino, no logró sino extraviarse de más en más en el bosque.

Y la noche se hacía cada vez más oscura. El pobre niño, que marchaba ya difícilmente en aquella oscuridad, se puso á llorar y á llamar á gritos á su padre y á su madre, invocando con angustia los nombres de sus hermanos. Luego se detenía y escuchaba ansioso para ver si le respondían. Pero no oía otra cosa que el ruido del viento en el follage, el rumor de algún reptil que se deslizaba entre la hierba, y los aullidos de los lobos en el fondo del bosque.

Estos ruidos le espantaban y le hacían correr con mayor prisa; pero esa carrera desordenada le extraviaba cada vez más.

De este modo llegó á orillas de un estanque rodeado de juncos y cañaverales, junto al cual había una casita donde brillaba una luz.

El pobre niño llamó ligeramente á la puerta. Le abrieron, y se encontró en presencia de un viejecito que había visto varias veces en su casa, y que era leñador.



Como no conocía el camino, no logró sino extraviarse más y más
en el bosque.

Este buen hombre, lleno de compasión al ver el estado del niño que temblaba como un azogado, le tomó consigo para llevarle á casa de su padre.

Por el camino le hizo contar el motivo de su escapada, y después de oírlo le dijo : — Pues bien, mi querido niño, sabes que si no me hubieses hallado á tiempo para conducirte á tu casa, hubieras sufrido mucho toda la noche de hambre y de frío, y tal vez, lo que es horrible, te habrían comido los lobos.

Tu padre y tu madre habrían sufrido más que tú, porque los padres quieren siempre á sus hijos, aun cuando se vean obligados á reñirles y á corregirlos alguna vez por su bien.

XVI

LA ENVIDIA.

Emilio es envidioso, vicio detestable que le hace bien desgraciado. Cuando ve un juguete en manos de uno de sus amigos, en seguida quiere ese juguete y sino se enfurruña, pone



Cuando Emilio ve un juguete en manos de uno de sus amigos, en seguida quiere ese juguete y sino se enfurruña.

hocico, y rabia y pateo. No puede sufrir el que los otros tengan alguna cosa. Excita su envidia el aro de Pablo, el trompo de León. Lloro y se desespero porque Luciano ha obtenido un premio en la clase. Pretende que su camarada Gastón, que ha estado el jueves en el campo, le ceda las frutas que ha cogido. Detesta á Víctor porque Víctor ha dado su balón á Félix, y á Félix porque ha aceptado el balón de Víctor. Es preciso que le den todo á él, aun así nunca está contento.

No quiere á nadie, y de consiguiente nadie le ama : su madre ve todo esto con mucha pena.

Si Emilio no se corrige de ese ruin defecto, esta pobre madre será desgraciada toda su vida.

XVII

LOS BUSCADORES DE NIDOS.

Cuando éramos pequeñitos, mis hermanos y yo, teníamos grande afición á ir á buscar nidos.

Yo que era el más fuerte y más capaz de trepar á los árboles, buscaba con cuidado entre



las ramas si había algún nido escondido, y si le veía llamaba á mis hermanos para cogerlo.

Un día habíamos encontrado un nido de paros : deseosos de saber lo que contenía, esperamos á que se fuesen á buscar el sustento el padre y la madre, y robamos el nido.

Había en él dos pajarillos sin plumas, que abrieron desmesuradamente el pico cuando les tocamos.

— ¡Qué placer! dije yo; vamos á criarlos cuidadosamente, y nosotros mismos les daremos el cebo.

— Y les compraremos una bonita jaula, dijo uno de mis hermanos.

Y el otro añadió : — Cuando sean grandes pondremos la jaula al sol, en la ventana, y veréis cómo cantan!

Pero apenas estábamos en posesión del nido, cuando vimos llegar de una volada á uno de los paros que traía en el pico el alimento de sus hijuelos.

Se posó sobre la rama, y no hallando nada en ella, voló rápidamente de un lado á otro como para convencerse de que no se engañaba, y al fin lanzó un pitido agudo que nos pareció desgarrador. El padre, sin duda, respondió á lo lejos, y llegó de un vuelo á reunirse á su compañera.

Y he aquí esos dos pobres pajaritos revoloteando

teando sobre el árbol donde habían dejado su nido, y lanzando pitidos dolorosos.



— Diríase que lloran... que se afligen mucho, dije yo á mis hermanos.

— ¡Parece que aman mucho á sus hijuelos! exclamó uno de mis hermanos; nunca lo hubiera creído.

— Voy á devolvérselos, añadió el otro, y corrió á poner el nido en su sitio.

Pero los paros, no pudiendo comprender su buena intención, huyeron á nuestra vista, y se fueron lejos, muy lejos.

Nosotros volvimos á nuestra casa muy contristados, y pesarosos de una captura que nos causaba remordimientos; pero bien decididos al propio tiempo á criar á aquellos pajaritos.

— ¡Ay! hijos míos, dijo mi madre al vernos, ¿Qué habéis hecho?, vuestros juegos son á veces bien crueles!

Nosotros no comprendimos la exclamación de nuestra madre hasta el día siguiente. A pesar de todos nuestros cuidados, de todo lo que hicimos para alimentar y abrigar á los pajaritos, los encontramos muertos, con la cabeza colgando fuera del nido. Nuestros cuidados no habían podido reemplazar los de su tierna madre.

Después de este incidente, mis hermanos y yo juramos no tocar más á un nido.

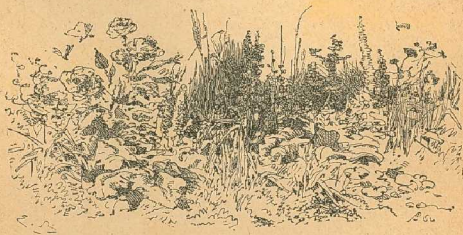
Y hemos cumplido nuestra palabra.

XVIII

FLORES Y MARIPOSAS.

Había una vez un niño que iba un día paseándose con su madre por el campo.

Era en verano : había ya hermosos sembrados de trigo casi maduro y piezas de heno que debían segar bien pronto.



Entre el trigo sobresalían muchas amapolas y variedad de flores blancas y amarillas; y sobre el heno revoloteaban alegremente algunas mariposas.

El niño quiso entrar en el trigo para coger

las flores, pero su madre le detuvo diciendo :
— No se debe pisar el trigo, puesto que ha de servir para hacer el pan. Si todo el mundo pasara por los sembrados, ¿qué quedaría? Además, ¿por qué quieres arrancar esas flores? Vivas en sus tallos, son como ves muy lindas : separadas de la planta y en tus manos, se ajarán muy pronto y morirán.

El niño bajó la cabeza y dejó las flores.

Pero muy luego vió pasar una mariposa y se lanzó tras ella para cogerla; mas apenas la tuvo en sus manos vió que el brillante insecto no podía ya volar. Entonces, mirándola con estrañeza, la llevó á su madre para saber lo que tenía.

— Ya lo ves, hijo mío, le dijo su madre; al cogerla le has desgarrado las alas, y este lindo insecto no volará ya jamás.

El niño se puso muy triste, sintiendo sobre todo el no poder volver sus alas á la mariposa.

Los campos, las praderas y toda la tierra en fin, son los admirables jardines de Dios : nosotros podemos usar de todo lo que ha puesto en ellos, cuando eso puede sernos útil; pero nunca debemos destruir por pura diversión, las bellas cosas que Dios ha hecho.

XIX

LA PRIMERA ORACIÓN DE UN NIÑO.

En otro tiempo, hijos míos, yo era pequeñito como vosotros, y como vosotros tenía una buena madre.

Vivíamos en el campo, adonde yo iba á jugar con frecuencia, y cuando había corrido mucho venía á sentarme á los pies de mi madre y reclinaba la cabeza en sus rodillas. Ella me acariciaba y enjugaba el rostro, y yo la decía :

— ¡Qué bien nos hallamos aquí! — Qué cosa tan hermosa es el campo!

Y mi madre me respondía.

— Dios es, hijo mío, quien ha creado esos campos que encuentras tan bellos; y el sol también que alumbra durante el día, y la luna y las estrellas que ves por la noche. Dios es igualmente el que ha querido que los niños tengan una madre buena y cariñosa.

— ¡Ah! qué bueno es Dios! exclamé yo un



La primera oración de un niño.

día. Yo quisiera darle las gracias. ¿Cómo hacer para que me oiga, mamá?

— Sé bueno para todo el mundo, me respondió mi madre, trabaja y condúcete según la voluntad de Dios, obedece sus mandamientos, y así le probarás que le amas. Háblale á tus solas, piensa en sus beneficios en el fondo de tu corazón, y de ese modo le habrás dado las gracias.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS





